

MEDALLA CÍVICA DE LA CIUDAD

Señor Alcalde de la Municipalidad Metropolitana de Lima

Señores Regidores

Señoras y señores:

Deseo sean mis primeras palabras portadoras de la profunda gratitud de nuestra comunidad universitaria por la distinción que le ha sido conferida. Recibir la medalla cívica de la ciudad de Lima constituye para nosotros una deferencia que de algún modo resume múltiples reconocimientos hechos a la institución al haber cumplido ella ochenta años de existencia. Asimismo y finalizando ya nuestro año jubilar, entendemos el gesto de la Municipalidad Metropolitana como un compromiso para continuar en el futuro trabajando con honestidad y entusiasmo en la noble tarea de formar a los jóvenes del Perú.

Hace 80 años, los fundadores de la Universidad Católica iniciaron esta misión en las aulas del antiguo Colegio de la Recoleta. En este Centro de la capital brotó la primera semilla de lo que fue nuestro

claustro y así se forjó un mutuo afecto. La antigua calle de Lártiga y la Plaza Francia, en el corazón de esta ciudad que tanto amó José de la Riva Agüero, nuestro recordado y eminente benefactor, fueron testigos de las tertulias iniciales en la que se congregaban sus primeros alumnos floreciendo así el espíritu de nuestra Alma Mater. Limeña fue pues en sus orígenes la Universidad Católica y ese carácter, que podría entenderse como un elemento accidental que surge de la mera ubicación espacial, muy pronto se reveló con una dimensión más profunda: aquella que aparece en la vida misma de una Casa de Estudios que comprendió que en su servicio a la ciudad de Lima en verdad asumía un compromiso de entrega en los terrenos de la ciencia y la cultura a todo el Perú.

En efecto, lejos de ser los abanderados de un centralismo que mutila la pluralidad y la riqueza de nuestra Patria, comprendiéndola más bien en su compleja diversidad, era claro también para nosotros que Lima, en aparente reto a toda lógica, siendo ella única era también de algún modo compendio del país entero

Vivir por tanto en Lima, entregarse a ella, ha sido el modo en que la Universidad ha hablado al Perú y por el que se ha forjado un vínculo de indisoluble filiación. De ahí que el galardón que hoy nos es

entregado constituye a nuestros ojos una muestra del aprecio general por una obra que hemos tratado de cumplir con honestidad e inteligencia.

De muchos modos es que nos sentimos solidarios con nuestra ciudad.

Lima es ya hoy, bien se sabe, la ciudad de todas las razas, de todas los matices, de todas las sangres. Podríamos decir que es el gran mural en donde están retratados todos los rostros del Perú. Y para hacer justicia a este universo humano, ha decidido renovarse siendo fiel a sus raíces pero sin cerrarse tampoco a la realidad del tiempo presente. Así, inspirándose en un pasado que evoca una gran belleza y un lugar preeminente entre las ciudades de América Latina, nuestra capital se prepara para ser el digno hogar de los todos ciudadanos que ella acoge y sabe bien que este nuevo reto implica asumir cabalmente la diversidad. Del mismo modo, la Universidad Católica se identifica con el rostro heterogéneo del Perú y congrega en sus aulas a una vasta comunidad académica cuya pluralidad cultural gira en torno a valores humanísticos y científicos comunes y se propone, desde los campos de las letras, las ciencias y las artes,

contribuir a modelar una sociedad más justa, más próspera y más bella.

Es por todo esto que nuestra institución siente una íntima afinidad con nuestra ciudad y su tradición. Ello no significa adherirnos a una causa pasatista, anacrónica, añorante de una gloria pretérita y temerosa del futuro. Por el contrario, entendemos bien que es sólo asumiendo el valor proyectivo de la tradición y no viendo en ella un lastre del pasado que seremos capaces de desplegar todo el aliento de nuestra creatividad en la construcción del porvenir.

Señor alcalde

En muy pocos días y como acto final de las celebraciones que festeja a una universidad octogenaria habrá de escenificarse en la Plaza Mayor, símbolo de una ciudad remozada que viene recobrando plena dignidad, el auto sacramental El Gran Teatro del Mundo, de don Pedro Calderón de la Barca; es significativo que culminemos nuestros festejos en el corazón de la ciudad, frente al Palacio en el que usted despacha. El círculo se cierra: iniciamos nuestras actividades de este año tan especial en la Catedral de Lima, agradeciendo a Dios por una historia vivida a plenitud, regresamos

hoy al mismo lugar, a Lima, a su corazón y ello, qué duda cabe, reviste un claro significado. Somos y nos sentimos limeños, estamos orgullosos de serlo; esa es nuestra manera de ser peruanos y universales, y es a partir de esta calidad que nos aprestamos, alentados por el cariño que la Municipalidad nos ha mostrado, a recorrer el futuro con renovados bríos animados por la firme vocación de servir, a través de la formación de las personas, a la sociedad peruana y a los altos fines a los cuales ella se halla prometida.

Gracias

SALOMÓN LERNER FEBRES

RECTOR

Lima, 16 de Diciembre de 1997